



La historiografía romana

Es importante tener en cuenta que en sus orígenes la narración de los hechos históricos no era considerada una ciencia, sino un género literario más. Obviamente, esto no quiere decir que los primeros historiadores desdeñaran la búsqueda y el relato de la verdad histórica, pero lo hacían siempre bajo una forma fundamentalmente artística. El riguroso análisis del pasado, por tanto, quedaba en cierto modo supeditado a la belleza de un relato en el que, bajo una apariencia general de verosimilitud, los sucesos reales aparecían muchas veces embellecidos y, casi siempre, entretejidos con mitos y tradiciones populares de todo tipo.

Muchos estudios han destacado esta ausencia de objetividad como uno de los rasgos que más alejan el género histórico antiguo de nuestra concepción actual de la historia. En efecto, la ya mencionada vocación estética no es el único factor que contribuiría a la presentación más o menos distorsionada de la realidad: a ella se sumarían en más de una ocasión los fines abiertamente propagandísticos o, en el mejor de los casos, la intención didáctica y moralizante de la obra.

Por otra parte, a la hora de recoger los acontecimientos del pasado, la historiografía clásica presentaba un enfoque marcadamente diferente del que domina la visión histórica actual. Los historiadores antiguos se interesaban principalmente por personajes concretos y por acontecimientos singulares, lo cual explica la importante presencia en todos los textos de discursos y episodios dramáticos, y la ausencia del análisis social y económico de los hechos que caracteriza la historia actual.

Los orígenes

La historiografía romana nace a finales del s. III a.C., seguramente impulsada por el fuerte sentimiento de identidad nacional que despertaría tras las victorias obtenidas por Roma en las Guerras Púnicas. Al igual que la mayor parte de los demás géneros literarios, la historia surge a la sombra del modelo griego, el cual ya tenía una larga tradición en la fecha en la que aparecen los primeros textos de autores latinos. Éstos, de hecho, redactaron inicialmente sus obras en griego, bien fuera porque esta lengua les ofrecía recursos literarios de los que aún carecía el latín, bien porque desearan hacer accesible sus obras al público griego, dándole a conocer de este modo las glorias de Roma.

Las obras de este período inicial se denominan *Annales*, porque en ellas se



relataba, de acuerdo con un modelo considerablemente rígido que seguía la pauta de los archivos del Estado, los acontecimientos ocurridos en cada año (*annus* en latín). Sus autores, conocidos bajo el nombre genérico de analistas, eran generalmente de origen noble y probablemente abordaron la redacción de estos escritos como una mera extensión de su actividad política.

La figura más importante de este período es, sin duda, la de M. Porcio Catón (234-149 a.C.), ya que es el primero que va a romper con la tradición dominante sirviéndose del latín para redactar su obra histórica, *Los orígenes*. Probablemente detrás de esta decisión se esconden sus propias convicciones ideológicas ya que, a pesar de conocer sobradamente la lengua y la cultura griega, Catón se opuso siempre enérgicamente a la helenización que impregnaba la sociedad de su tiempo. El texto, del que sólo se conservan algunos fragmentos, recogía la historia de Roma y de otras ciudades itálicas desde el período fundacional protagonizado por Eneas, hasta las Guerras Púnicas, en las que él mismo había participado. Su prosa conserva aún el estilo simple que caracterizaba a los analistas pero revela cierta originalidad y preocupación por el estilo. El aspecto más llamativo en cuanto al contenido es el claro protagonismo que otorga al pueblo romano en su conjunto, al que presenta como verdadero héroe colectivo de los hechos narrados. De este modo demuestra una vez más su deseo de apartarse del modelo helenizante, que se centraba principalmente en los personajes singulares.

La historiografía clásica de época republicana

A partir del s. I a.C. comienzan a aparecer los autores de los que se ha conservado un mayor número de obras y que más han contribuido a nuestro conocimiento de la historia de Roma. Además de la figura de César, que destaca sobre sus contemporáneos tanto por su importancia histórica como por su indiscutible calidad literaria, los autores más importantes de este período son Salustio y Nepote.

Julio César se incluye habitualmente dentro de la llamada historiografía biográfica, compuesta por las memorias escritas por los grandes generales que habían llevado a cabo las conquistas o los gobiernos de las provincias. Aunque no se le puede comparar en calidad, Cornelio Nepote (100-29 a.C. aprox.) es, seguramente, su sucesor más significativo. Desconocemos las fechas exactas de su nacimiento o su muerte, pero sabemos que fue contemporáneo de César, Cicerón y Catulo y que pasó en Roma la mayor parte de su vida dedicado al trabajo intelectual y alejado del mundo de la política. Las referencias de otros autores nos informan de que su obra era considerablemente extensa, si bien se ha conservado sólo una pequeña parte de la misma. Catulo menciona elogiosamente una historia escrita por él y titulada *Chronica*. Sabemos también que escribió algunas semblanzas sueltas de personajes célebres antes de emprender lo que sería su principal obra, titulada *De viris illustribus*, en la que recogía las biografías de extranjeros



considerados ilustres en alguna actividad comparándolos con ciudadanos romanos de la misma profesión. De ésta conservamos un sólo libro, dedicado a los generales de origen extranjero, entre los que junto a las principales figuras del mundo griego se alude a los dos cartagineses que más habían marcado la historia de Roma: Asdrúbal y Aníbal.

Lo cierto es que, aunque se incluye a Nepote entre los historiadores, difícilmente se puede decir que su intención fuese escribir historia. Su interés se centra más bien en lo anecdótico y lo singular, y rara vez se ocupa del contexto histórico en el que viven los personajes a los que alude. Le cabe, en cambio, el honor de ser el iniciador de un género, el biográfico, que continuarían luego autores como Suetonio (70-140 d.C.) con su *Vida de los doce Césares* y sobre todo Plutarco (45-126 d.C.), cuyas *Vidas Paralelas* sigue un esquema muy similar al empleado por él, contraponiendo romanos ilustres a las principales figuras de la historia griega. En cualquier caso, su talento como escritor no goza de especial prestigio y su popularidad se debe principalmente al carácter moralizante de su obra, cosa que la hacía parecer muy indicada para la formación de los jóvenes.

Gayo Salustio Crispo (87-35 a. C.) es considerado habitualmente el primer gran autor en la historiografía romana que incorpora a la misma el método de Tucídides, intentando desentrañar la génesis de los hechos narrados y presentando un análisis psicológico de sus personajes. Nació en plena guerra civil entre Mario y Sila y murió en medio de la disputa entre Marco Antonio y Octavio por la sucesión de César. Su propia biografía estuvo muy marcada por las convulsiones de su tiempo. Inició muy joven su carrera política, optando desde el principio por el partido democrático; ello le llevaría a vincularse muy pronto a Julio César, lo cual seguramente fue la causa real de que fuera expulsado del senado en el año 50, acusado oficialmente de «conducta escandalosa». En el año 44 a.C., tras la muerte de César, se retiró de la política y decidió dedicarse a poner por escrito diversos episodios de la historia de Roma. De su producción se nos han conservado dos obras de carácter monográfico:

- *La conjuración de Catilina*, en la que describe la conjura dirigida por el revolucionario Catilina que trató, durante el consulado de Cicerón (63 a. C.), de subvertir el orden existente. Salustio muestra una especial capacidad de análisis al abordar un conflicto que vivió muy de cerca, y en el que se ponen de relieve los enrevesados mecanismos de la esfera política en los últimos años de la república, el clima de corrupción, la agitación callejera y la alteración sistemática del orden público.

- *La guerra de Yugurta*, donde narra la dura y prolongada contienda que tuvo lugar en África entre el ejército romano y el soberano nómada rebelde Yugurta durante los años 111 al 105 a. C. El conflicto, aparentemente de escasa relevancia en la historia de Roma, es utilizado por el autor como pretexto para detenerse a reflexionar sobre el papel de Roma en el gobierno de sus provincias, y, sobre todo, en el control de la soberbia de la nobleza.



Probablemente Salustio sea el primer historiador romano en el que se puede percibir una filosofía de la historia, expresada abiertamente en sus prólogos e ilustrada en sus relatos: para él, el hombre dominado por sus instintos carnales y los apetitos materiales está muy cercano a las bestias. El hombre superior es capaz, no obstante, de elevarse por encima de su propia naturaleza mediante la voluntad y la inteligencia, uniendo la energía física al vigor moral. La corrupción de la aristocracia es la causa de su declive y son los hombres salidos del pueblo quienes poseen almas mejor templadas y más capacitadas para progresar en la carrera política.

Desgraciadamente, la última obra de Salustio, que se ocupaba del período intermedio entre la guerra de Yugurta y la conjuración de Catilina, se ha perdido en su totalidad. Tan sólo conocemos su título, *Historiae*, y algunos fragmentos, además de las citas que de ella hacen los autores posteriores, que nos permiten apreciar la consideración que obtuvo en su momento. Sabemos, eso sí, que trataba la década del 78 al 67 a.C., marcada por una tremenda inestabilidad política que preludió la catástrofe final de la República.

La historiografía en la época de Augusto: Tito Livio

Aunque es contemporáneo de Augusto y escribe su obra bajo el mandato de éste, Tito Livio (59 a.C.-16 d.C.) ocupa un lugar peculiar, pues pertenece a la generación dorada de los hombres que forjaron y vivieron la paz augústea y su obra se sitúa aún dentro del brillante panorama cultural de finales de la República. Su amistad con el primer emperador de Roma no le impidió mantener su independencia y sus propios ideales republicanos, hasta tal punto que es sabido que Augusto en privado le llamaba «mi querido Pompeyano», aludiendo a su simpatía por el bando que había perdido la guerra civil.

Aunque apenas se sabe nada de su vida privada, se puede afirmar que se mantuvo alejado de los cargos y los honores públicos, dedicándose por completo al estudio de las letras. Su actividad se volcó sobre todo en la creación de una obra monumental titulada *Ab Urbe Condita* con la que pretendía llevar a cabo una tarea que nadie se había atrevido a afrontar antes que él: la redacción de la historia completa de Roma, desde su fundación hasta la muerte de Druso, en el s. I d.C.

La magnitud de esta empresa se puede percibir ya por la extensión misma del relato que, según sabemos, ocupaba 142 volúmenes los cuales, en algún momento, aunque quizá no fuera una idea del propio Livio, fueron agrupados por décadas. Posiblemente la propia envergadura del texto haya sido la causa de que éste no se haya conservado íntegramente, ya que el sistema de edición de su época hacía muy difícil disponer de los medios necesarios para adquirir y manejar una obra semejante. Sólo se conservan los libros I-X (primera década), que narran desde los orígenes hasta la guerra contra Pirro, y los que van desde el XXI hasta el XLV, que abarcan desde la segunda Guerra Púnica



hasta mediados del s. II a.C. Para suplir el contenido del resto de los libros tenemos que recurrir a las *períocas*, una especie de sumarios que fueron publicados como obra aparte, o a los compendios de autores posteriores.

Aunque la obra de Tito Livio gozó de gran popularidad desde época muy temprana y se convirtió en modelo indiscutible para muchos de sus contemporáneos y para los historiadores posteriores, no por ello ha estado exenta de críticas. Especialmente los comentaristas modernos han subrayado su falta de rigor histórico en el manejo de las fuentes, la abundante presencia de anacronismos o su marcado nacionalismo. Sin embargo, aunque estas críticas no carecen de fundamento, es preciso, antes de emitir un juicio, tener en cuenta las indiscutibles dificultades a las que tuvo que enfrentarse el autor para redactar su obra. Entre ellas, sin duda, se debe contar la escasez de información existente en muchos casos, especialmente en referencia a los períodos más antiguos, o la dificultad de acceso a algunas de las fuentes, a menudo recogidas en archivos dispersos o difíciles de consultar. A esto hay que sumar, además, la ausencia de una experiencia personal política por parte del autor, lo cual, sin duda, le privaba de un conocimiento práctico de las circunstancias que estaba narrando y de una mayor capacidad de penetración de las mismas.

En cuanto a su patriotismo exacerbado, que a menudo le hace caer en la visión parcial, siempre favorable al pueblo romano, es preciso recordar que existe en su obra una clara intención didáctica y que es ésta la que le lleva a presentar a las figuras del pasado como modelos ejemplares carentes de cualquier defecto. Hay que tener en cuenta, además, que Tito Livio no vivió ajeno al ambiente de exaltación de la identidad nacional que dominaba en la época de Augusto, y que su propósito fue describir la trayectoria recorrida por el pueblo romano hasta alcanzar lo que era considerado como la culminación de un proceso histórico de continuo progreso.

En cualquier caso, lo que parece indiscutible es el valor literario de la obra, que con frecuencia adquiere un tono de grandeza épica. En su relato se combinan magistralmente los elementos narrativos, los retratos y los discursos - adaptados para darles mayor belleza formal -, y posee un excepcional talento para la descripción de grandes escenas colectivas. Además, la firmeza de su fe en el destino excepcional del pueblo romano consigue impregnar a sus palabras de una especial emoción que consigue atrapar al lector, ahuyentando cualquier impresión de frialdad del texto.

La historia de época imperial

Tras la muerte de Augusto la vida cultural sufre un progresivo empobrecimiento debido, en gran medida al férreo control que ejercen los primeros emperadores sobre los intelectuales de su tiempo. Particularmente la historia se convierte en una actividad muy sujeta a la censura imperial, en la que sólo cabe la adulación



y el conformismo.

Bajo el dominio de los Flavios surgirá el primer gran historiador del Imperio: Publio Cornelio Tácito (55-120 d.C.). Nacido en una familia de la nobleza ecuestre, dedicó su juventud al estudio de la retórica como paso previo al comienzo de una brillante carrera política que le llevaría a ascender todos los peldaños del *cursus honorum*. Destacó como orador y ejerció la jurisprudencia. Antes de emprender su obra histórica compuso un diálogo, titulado *Diálogo de los oradores*, acerca de la retórica, en el que recogía los postulados de Cicerón y de Quintiliano, y dos obras breves: *Agrícola*, escrita en torno al 98 d.C., recoge la biografía de su suegro el militar Gneo Julio Agrícola, que había destacado en las campañas en Britania. Tácito aprovecha la obra para hacer un breve esbozo de la geografía y la etnografía de Britania y, al mismo tiempo, para contraponer la libertad de los nativos británicos a la corrupción existente en el Imperio.

Germania, escrita en fecha muy similar a la anterior, se ocupa de las tierras, las costumbres y el gobierno de los pueblos germánicos. De nuevo nos encontramos con un marcado contraste entre la imagen que se nos presenta de los pueblos bárbaros, que responden en cierto modo al ideal del «buen salvaje», con la degradación moral de los ciudadanos de la Roma de su tiempo.

No obstante, las obras que han consagrado a Tácito son sus *Historiae* y sus *Annales*. En la primera de ellas, las *Historiae*, Tácito recoge los acontecimientos ocurridos entre el año 69 y el 96 d.C, desde Galba hasta Domiciano. A continuación, retrocediendo en el tiempo, comienza la redacción de los *Annales*, su última obra, en la que, siguiendo el modelo de los primeros historiadores romanos, narra los sucesos más señalados de cada año a partir de la muerte de Augusto. La obra estaba compuesta por 16 libros, pero sólo se ha conservado una parte de ella. El último libro posiblemente abarcaba hasta la muerte de Nerón, en el 68 d.C., o hasta finales de ese mismo año, conectando de este modo con las *Historiae*.

La obra histórica de Tácito esconde un claro propósito moralizante. Su visión es la del historiador que desea dejar claras las responsabilidades de los protagonistas de los acontecimientos para que sean sometidos al juicio de las generaciones venideras. El mensaje final que transmite es, en último término, desolador: los héroes ya no existen, y se ha disipado cualquier esperanza de acabar con el Imperio y recuperar la libertad.

Al mismo tiempo, Tácito destaca por una concepción meticulosamente científica de la historia. Su estudio de las fuentes es escrupuloso y consulta todos los datos a su alcance, si bien, en ocasiones, se han puesto al descubierto algunas inexactitudes en los hechos que narra. En todo caso, aunque riguroso, no pretende ser totalmente objetivo, ya que, como hemos visto, desea dejar clara su propia postura ante la política de su tiempo.

Desde el punto de vista literario, su estilo posee una personalidad



extraordinaria. Una vez superado su estilo inicial, de corte barroco, lleva la concisión y la supresión de lo ornamental hasta extremos tales que, con frecuencia, llega a resultar complejo, casi epigramático. Su obra alcanzó una enorme popularidad en época antigua y, tras caer en el olvido durante la Edad Media, fue recuperada con entusiasmo por humanistas como Maquiavelo en el Renacimiento. Su crítica a las tiranías y su amor a la república le hicieron ganar el favor de los revolucionarios franceses y el odio de Napoleón, que intentó más de una vez desacreditar su obra. En la actualidad, un buen número de novelas históricas siguen recurriendo a su obra como fuente de inspiración.

La última obra importante dentro de la historiografía de época imperial es la *Vida de los Césares* de Suetonio (75-160 d.C.), una colección de doce biografías que ha llegado hasta nosotros en excelente estado de conservación y en la que se recogen los hechos que rodearon la vida de los emperadores desde Julio César hasta Domiciano. Suetonio pertenece a un período de la historia romana en el que el imperio había alcanzado un cierto grado de estabilidad, circunstancia que permitió la recuperación del cultivo de las letras y el desarrollo de la erudición. Su obra, aunque no posee una especial grandeza de estilo, está llena de detalles curiosos que la convierten en una lectura amena y fascinante. Los retratos de los emperadores están trazados con frescura y sencillez, y están plagados de multitud de anécdotas que nos permiten conocer casi al detalle los entresijos de palacio. Al igual que Tácito, Suetonio ha servido a menudo de fuente de información para los autores de obras de carácter histórico.